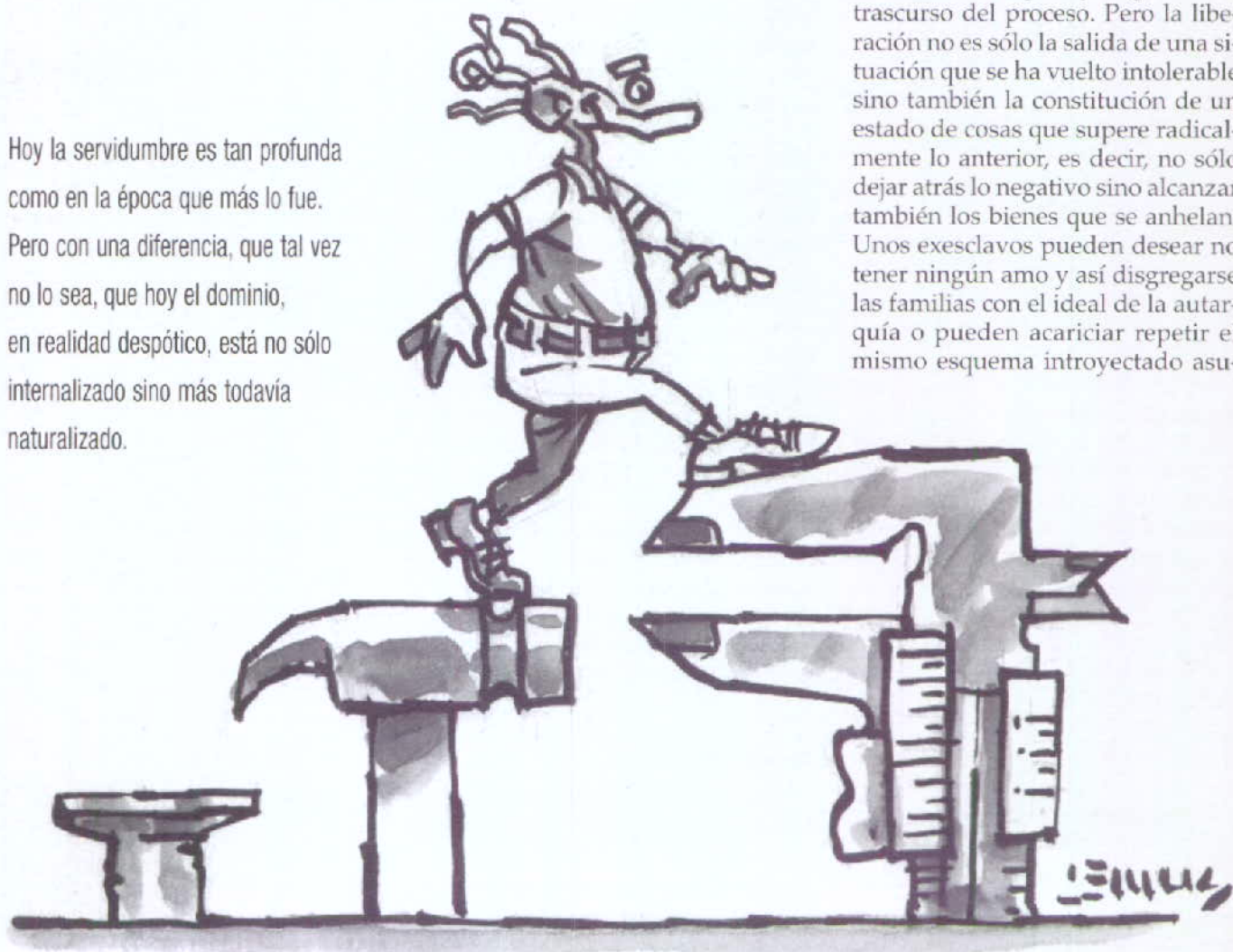


De la servidumbre al servicio

Pedro Trigo, S.J.

Hoy la servidumbre es tan profunda como en la época que más lo fue. Pero con una diferencia, que tal vez no lo sea, que hoy el dominio, en realidad despótico, está no sólo internalizado sino más todavía naturalizado.



Una propuesta de Dios y un camino abandonado y rehecho

El título de este artículo es el mismo que el de un libro clásico sobre el Éxodo (Auzou. Ed FAX Madrid 1979) que expresa perfectamente el propósito del Dios liberador al liberar a esos esclavos de Egipto. Esos clanes o tribus estaban sometidos por el imperio a un régimen de servidumbre. La expresión primaria de esa situación es el trabajo forzado; y la expresión más extrema, las medidas antinatalistas para que no llegaran a suponer un peligro al crecer más que sus dominadores. Según el libro, la iniciativa del proceso de liberación la tiene Dios, que se conmueve al oír los gritos de dolor que les arrancan los capataces y envía a Moisés para que presente al pueblo este designio liberador, lo compacte en torno a este plan y lo guíe en el trascurso del proceso. Pero la liberación no es sólo la salida de una situación que se ha vuelto intolerable sino también la constitución de un estado de cosas que supere radicalmente lo anterior, es decir, no sólo dejar atrás lo negativo sino alcanzar también los bienes que se anhelan. Unos exesclavos pueden desear no tener ningún amo y así disgregarse las familias con el ideal de la autarquía o pueden acariciar repetir el mismo esquema introyectado asu-

miendo ellos el papel de amos y sometiendo a otros a la esclavitud o pueden proyectar una comunidad fraterna en la que existan lazos fuertes, pero no opresores sino de libre servicio mutuo.

El plan de Dios es que él sea su único Dios. Pero eso no significa que Dios pretenda asumir el papel del Faraón. La alianza que les propone es la ley de la libertad: que no tengan otros dioses, pues sólo él es Dios liberador, y que en sus relaciones sigan los cauces de la vida, sin violentarlos con el asesinato, la injusticia, la mentira y la infidelidad. Para Dios la expresión genuina de una persona y de un pueblo liberado no es la autarquía, es decir, la cimarronería, el individualismo, ni la opresión a otros, sino el servicio mutuo. Si no se llega al servicio, es que se tiene internalizado el esquema de dominación y por eso se lo reproduce o se toma una posición meramente antitética, que es la ausencia de lazos.

Los cuarenta años en el desierto le harán comprender al pueblo el alto precio que tiene vivir en libertad. Liberarse de la opresión es entrar en una tierra de nadie, en una tierra no apta para vivir, no humanizada. La libertad exige inmensa creatividad para ir construyendo posibilidades de vida, tanto en el sentido económico como en el sentido social. De ahí el desaliento ante las dificultades del camino y ante lo desmesurado de la meta, y la tentación de volver atrás y recibir la vida de los opresores a cambio de la sumisión. Por eso la necesidad de rehacer una y otra vez la fe en Dios que promete, guía y acompaña, y consiguientemente la fe en las potencialidades que siembra esta relación. Esta fe se expresa en fidelidad a la convivencia fraterna venciendo la propensión a las envidias, rivalidades y banderías, así como a la entrega al cortocircuito del placer como manera espuria, por destructiva, de aliviar las tensiones de la gestación histórica.

La Torá, el núcleo configurador de la Biblia hebrea, es una construcción

abierta ya que no acaba en el libro de Josué, con el cruce milagroso del Jordán y la posesión de la tierra, sino en el Deuteronomio: avistando Moisés la tierra prometida, pero muriendo en la soledad de la montaña sin tomar posesión de ella. Esto significa que en el diseño de Dios, la historia humana es el tránsito de la servidumbre al servicio. La toma de posesión de la tierra prometida no se logrará nunca, ya que tras la conquista no se dará el servicio sino la reproducción en el interior del pueblo del mismo esquema de opresión, y por eso la división de los dos reinos y el destierro; y tras él no se dará ya la independencia política sino en el breve tiempo de los Macabeos que acabará en el imperialismo y la dictadura de la ley. Después de la destrucción del templo por parte de Tito y la diáspora de Adriano, el vínculo será la Ley hasta los tiempos del Mesías, cuando Dios dé definitivamente la tierra. Así la promesa se escatologizará como participación en el descanso de Dios. Entonces la tierra será la casa de Dios.

Un camino recorrido, rechazado y victorioso

Jesús (que es la forma aramea de Josué) comienza su ministerio donde acaba la Torá: en el Jordán. Él es el que guiará al pueblo a tomar posesión de su tierra, que en este sentido escatologizado, trascendente, es el reino de Dios. Pero no lo hará, como lo esperaban muchos, incluso discípulos, poniéndose al frente del ejército de los santos y expulsando al invasor y purificando al pueblo de colaboracionistas y pecadores (cf Jn 6,14-15). Para Jesús el Reino, el cambio objetivo de las relaciones sociales y hasta de las relaciones de la humanidad con la naturaleza, que habían atisbado los profetas (Is 2,4;11,1-9;25,6-9;26,1-6;65,17-25), no vendrá externamente sino que será fruto de aceptar cada individuo y el pueblo como tal la soberanía de Dios, es decir, su reinado. Si Dios reina en mi cora-

zón y en el de mis vecinos, cambiarán las relaciones sociales, las instituciones y las estructuras. Jesús anuncia que Dios quiere reinar ya en su pueblo. Y por eso pide convertirse a esa buena noticia, abrir el corazón para que Dios tome posesión de él. Pero no sabe cuándo se dará la transformación de las personas y de la creación, cuándo vendrá el Reino.

Jesús sabe que Dios quiere reinar sobre todos y por eso se dirige en primer lugar a los que, al ser excluidos por los grupos religiosos reconocidos, se sentían rechazados también por Dios. Es el caso, sobre todo, de los pobres, que estaban sobrecargados y desesperanzados, como ovejas sin pastor, y de los despreciados como pecadores públicos. Él va a buscarlos y los acoge, y en su acogida es Dios mismo el que los reconcilia consigo. A través del contacto con Jesús estas personas se sienten agraciadas, cobran aliento y se ponen de pie, se elevan sobre su situación de prostración y se movilizan, se van convirtiendo en pueblo articulado y fraterno: dan a otros la paz que han recibido, se vuelven misericordiosos al sentirse destinatarios de la misericordia de Dios en la de Jesús. Así, mediante la presencia estimulante de Jesús, la gente va pasando de la servidumbre al servicio.

Pero las autoridades rechazan a Jesús y él siente que su tiempo se acaba sin que venga el Reino, sin que se dé la transformación anunciada y anticipada, incluso podemos decir comenzada por él. Pero no muere en la decepción o la duda. Jesús muere poniéndose en manos de Dios y sobre todo poniendo en sus manos la llegada del Reino. Más aún, muere consumando su obra: él, que había vivido sirviendo libremente desde abajo, que había teorizado su vida y su misión como servicio, al final cuando ya había concluido su tiempo de hablar y de hacer, el que había entregado su espacio y su tiempo, todos sus dotes personales, se entregó a sí mis-

mo. El que no había vivido para sí no se encerró en sí para morir sino que murió entregando la vida que le quitaban. Murió arrojándose en manos de Dios y realizándose así como Hijo suyo, pidiendo perdón por nosotros y consumándose así como nuestro Hermano. ¿Podemos decir que también como acto de servicio a nosotros murió poniéndose en nuestras manos para que continuáramos su misión? Sí, y creo que éste es su mayor servicio: darnos lugar. Por eso insistió que era bueno para nosotros que él se fuera. Y por eso al irse, después de darnos su vida nos entregó su Espíritu como su primer acto de resucitado. En Jesús resucitado ha comenzado ya plenamente el Reino: la transformación de la creación, llena de la gloria de Dios. Él ha sido resucitado por Dios como lo que acabó siendo: nuestro Hermano: tan Hermano nuestro como Hijo suyo. Por eso en él estamos ya resucitados, aunque no en nosotros mismos. Nosotros tenemos que seguir su camino de servicio hasta la muerte para participar de su destino. Como los judíos, nosotros esperamos que venga (para nosotros que vuelva) el Mesías para entrar en el descanso de Dios. Mientras tanto, nuestra Torá es el servicio desde abajo. Ésa es la ley del cristiano.

Un camino a contracorriente y fecundo

Hoy la servidumbre es tan profunda como en la época que más lo fue. Pero con una diferencia, que tal vez no lo sea, que hoy el dominio, en realidad despótico, está no sólo internalizado sino más todavía naturalizado. Es decir, hoy mucha gente acepta como ley de vida la ley de la dirección dominante de esta figura histórica que es el occidente mundializado: la lucha de todos contra todos para que prevalezcan los mejor dotados. La lucha es por vender en el mercado bienes o servicios, es decir, mercancías o la fuer-

za de trabajo, triunfando sobre la competencia. En este esquema se experimenta como servidumbre no poderse vender bien: tener que aceptar las condiciones que les pongan, aunque se sientan muy desventajosas, porque a causa de la escasa capacitación, de los muchos competidores y de las reglas de juego establecidas, lo que uno tiene para ofertar casi no vale nada. Aunque la servidumbre mayor consiste en no llegar siquiera a entrar en el mercado. En estas dos situaciones se encuentra el setenta por ciento de la humanidad. Y en el caso de nuestro país, más del ochenta por ciento. Aunque entre nosotros el estar excluido es tan terrible que los excluidos casi sienten que es un privilegio el llegar a la categoría de explotado en el trabajo.

En estas condiciones ¿qué anhela la mayoría? O poder vivir por su cuenta, sin lazos que menoscaben su dignidad o poder tener algún puesto de jefe en el que sea uno el que ponga sus condiciones a otros. O hacer lo que le manden en el trabajo y hacer lo que quiera en el resto de su tiempo. La irrenunciable propuesta cristiana, que es el servicio como actitud libremente elegida, la única propuesta realmente liberadora y humanizadora ¿tiene cabida en el horizonte mental de quienes tienen toda la mente ocupada en luchar por salir de la servidumbre?

Normalmente, antes de dar el paso al servicio, incluso para poder atisbar esta posibilidad como camino deseable para uno, parece imprescindible la experiencia decisiva de haber recibido servicios de un modo horizontal y gratuito, sin que el servicio sea una deuda que le enfeude al dador o una dádiva desde arriba que humilla.

¿Se da este tipo de servicio? Al menos en la familia no es tan raro que se dé, y sí existen personas que tratan de vivir con esta actitud que han cultivado en la familia de manera no excluyente sino abierta. Sin embargo, son tantos, tan estructurales

y por eso tan frustrantes las experiencias de servidumbre, que además de las experiencias de servicio, se necesitan microambientes, grupos e instituciones que funcionen con esa lógica; y con ese apoyo y esa referencia concretos, el proceso alternativo tiene que coronarse con el lanzamiento de otro horizonte que haga posible soñar con otro mundo, con otras reglas de juego, y que convoque a ir construyendo expresiones institucionalizadas de vida solidaria.

Para que se desencadene y afiance ese proceso también ayuda sobremanera haberse encontrado con un Dios que no es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el que está en la cúspide del sistema, sino el que nos fundamenta como expresión de un amor discretísimo, el que nos da lugar y virtualidades para que lo ocupemos, por la alegría de vernos crecer. Ayuda enormemente haberse encontrado con el Señor Jesús, que expresa su señorío asumiendo la figura del servidor, incluso del que sirve a la mesa y lava los pies, y no como una condescendencia sino como la decisión, salida de lo más profundo del corazón, de una persona de pueblo acostumbrada a la falta de relevancia, incluso al desprecio, entre sus paisanos y hasta en su familia. Claro que para vislumbrar un Dios así sería en extremo conveniente que los cristianos prosiguiéramos el camino servicial de Jesús. Creo que se hace más de lo que se piensa, pero menos de lo que sería necesario para que nuestra Iglesia fuera, como es la misión que le encomendó el Señor, su sacramento o al menos para que lo fuera con una mayor claridad. El paso mínimo es no resignarnos a este horizonte sino soñar con otro que vaya de la servidumbre al servicio y dar pasos sencillos y alegres en esa dirección.

Pedro Trigo, S.J.

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC